

fuerza, y que quiera continuar como hasta aquí en tener depositada su confianza en Godoy, ó no tomar providencia con él sin abrirse anticipadamente con mi madre, vuelvo á pedir á V. M. por el Dios que nos ha de juzgar que quede este peligroso secreto sepultado en su pecho, como lo quedará en el mio, y que se digne de volverme este papel ya inútil, para hacerlo cenizas, con lo que tendrá V. M. á lo ménos el consuelo de no haber adelantado mi muerte y la suya.

Pero no Señor: el dar ascenso en esto seria un delirio en mí. El amor paternal de V. M., su penetracion y la confianza con que siempre ha mirado á este hijo que le corresponde con todo su corazon, me hacen estar enteramente seguro de que adoptará todas mis justas y saludables ideas, con las que, mediante la proteccion divina, salvará V. M. el reyno de su última ruina, se atraerá las bendiciones de todos sus vasallos, y los aplausos de la Europa entera. A esto se dirigen mis votos, y á que Dios me conserve la preciosa vida de V. M. y de mi amada madre por largos años, colmados de felicidades. = Fernando.

CENTINELA

CONTRA FRANCESES

POR D. ANTONIO DE CAPMANY.

DEDICALO

AL EXCMO. SEÑOR D. HENRIQUE HOLLAND,
LORD DE LA GRAN BRETAÑA.



MADRID.

Por Gomez Fuentenebro y Compañia, y por su original en la
Imprenta de la calle de Santo Domingo, año de 1809.

CENTINELA

CONTRA FRANCESSES

POR D. ANTONIO DE CARRANZA

DEDICADO

AL EXCELENTISIMO SEÑOR D. HENRIQUE HOLLAND

LORD DE LA GRAN BRETAÑA



MADRID

Por Góchez Tuencobio y Compañía, por su original en la
Imprenta de la calle de San Francisco, año de 1809.

AL EXCELENTISIMO SEÑOR

DON HENRIQUE HOLLAND,

LORD DE LA GRAN BRETAÑA.

No los títulos de la amistad, no los del reconocimiento, son solos los que me obligan á dedicar al respetable nombre de V. E. el desahogo de este acongojado corazón mio. Dulce cosa es el amor entre los hombres; gratísima la memoria del favor recibido; mas dulce, empero, es el amor á la patria, y el consuelo de poderla llamar LIBRE á los ojos de un Lord de la Gran Bretaña, en donde solamente se pronuncia y conoce esta sagrada voz en toda la plenitud de su significado, y adonde, como á un sagrado, han tenido que refugiarse las reliquias del moribundo patriotismo que han podido salvarse del sable exterminador del tirano de los tronos, y de la humana sociedad. ¿ A quién, pues, con mas derecho podría dirigir este primer ensayo de la redencion española, y de la libertad de la imprenta, que á un sabio inglés, siempre amante de España y de los españoles, hasta compadecerse, como si las hubiese de sufrir, de las calamidades que nos amenazaban por la torpeza y desafuero del despótico Privado que preparaba nuestra perdicion? ¡ Oh! recuerdos tiernos y preciosos de nuestras familiares y francas conversaciones en Madrid! ¡ Quántas veces en nuestros solitarios paseos contemplabais, Milord, con profunda meditacion nuestro alegre horizonte, y viendo el cielo y suelo que la próvida naturaleza nos habia repartido, no podiais re-

primir vuestra afección, y me deciais. . . Estos generosos sentimientos bien los testificó V. E. á quantos tuvimos la dicha de tratarle, y de admirar sus profundos conocimientos políticos y literarios, realzados con su profunda modestia, é ingènua amabilidad. Conocia V. E. lo que habíamos sido los españoles, y lo que podríamos ser baxo de una mano sábia, porque conocia nuestra historia económica, política, y militar: y buscaba, y leía nuestros libros, enamorado de nuestra lengua, y de ellos sacaba nuevas ilustraciones con un conato y afición, como si se hubiese encargado del oficio de Cronista de los reynos de España.

Supé, por una feliz casualidad, que habia V. E. preguntado por mí á los principios de nuestra interrumpida correspondencia. Sí, Milord, vivo aún, despues de haber tenido tantos motivos para aborrecer la vida: vivo sí, para ver el castigo de los que me tenían presas las manos y la lengua: vivo para predicar el santo nombre del Dios de los exércitos, el triunfo de la virtud, y las glorias de la patria: vivo, en fin, para que pase por el mar libre, de mis manos á las vuestras este testimonio de mi inalterable fé y gratitud. Dispensadme, Milord, vuestras órdenes si no quereis dexar ociosos mi amor y obediencia; y bacedme participante del gozo de vuestra alma, desde que la lealtad española abrió á la generosidad inglesa el gran teatro de esta península, en donde pueden brillar el valor y el honor de entrambas naciones, pues hay campo para todas.

Milord, soy con el mas profundo respeto el mas afecto y reconocida servidor

de V. E.

Antonio de Capmany.

Madrid 15 de Septiembre de 1808.

CENTINELA

CONTRA FRANCESES

POR DON ANTONIO DE CAPMANY.

No es éste tiempo de estarse con los brazos cruzados el que puede empuñar la lanza, ni con la lengua pegada al paladar el que puede usar del don de la palabra para instruir y alentar á sus compatriotas. Nuestra preciosísima libertad está amenazada, la patria corre peligro, y pide defensores: desde hoy todos somos soldados, los unos con la espada, y los otros con la pluma. Ya vino el día en que pueden salir del pellejo los corazones; y puedo yo añadir que he llegado dichosamente á la época de mi edad, en que el hombre de bien y el buen ciudadano, ni por esperanza de mejor fortuna, ni por temor de la muerte, debe hacer traicion á su conciencia. ¿Qué diria de mí la patria? ¿Qué pensarían los buenos y los malos de mi silencio? ¿Yo mudo ahora? ¿Yo, que hace tantos años que no he empleado la pluma y mi zelo sino en honra y gloria de mi nacion, ahora sin dar señales de vida en el momento en que el enemigo de la Europa maquina su esclavitud, ó su desolacion? Manos á las armas, y Dios bendiga la noble intencion de tan santa empresa. Despues de tantos y tan varios papales, publicados dentro y fuera de la Corte, ya en prosa, ya en verso, desde la retirada de las tropas francesas, que mal viage lleven, ¿qué título podia yo elegir sin repetir alguno de